



LAS ENSEÑANZAS DE DON ÁLVARO*

Mario Rey

*A Carmen Miracle, Mini Caire, Ana María Jaramillo,
José María Espinasa, Eduardo García y Jorge Bustamante*

Yo tuve la suerte de conocer y tratar en México al poeta, narrador y pensador Álvaro Mutis (Bogotá, 1923-2013, México), creador de una de las máscaras poéticas más seductoras y de uno de los más célebres personajes narrativos de la literatura contemporánea, Maqroll el Gaviero –quien “no sólo es él, como con tanta facilidad se dice”, Maqroll “somos todos”¹–, “la voz de un verdadero poeta”², “una de las mayores figuras de la poesía en lengua castellana”³, “el mayor poeta vivo en lengua

* El presente texto parte de varios otros que he escrito sobre Álvaro Mutis, su obra y sus enseñanzas, asuntos sobre los cuales he venido trabajando desde ya hace varios años: “En una cabina de la Radiodifusora Nacional, con la Quinta Sinfonía de Sibelius, Álvaro Mutis escribió su primer poema”, *Tierra Adentro*, Núm. 137-8, México, XII-2005-III-2006; “Mutis, el maestro”, *La Jornada Semanal*, Núm. 964, México, 25-VIII-2013; “Álvaro Mutis y la amistad”, leído en el homenaje organizado por el FONCA-CONACULTA, México, 12-14-XII-2013; Álvaro Mutis y Maqroll el Gaviero: un lúdico y ambiguo navegar entre el presente y el pasado, el reino paterno y el paraíso materno, el mar y la tierra, la ficción y la realidad, la poesía y el relato, el diálogo y la reflexión, en proceso, y *Falsas memorias del Paraíso*, inédito.

¹ García Márquez, Gabriel. “Mi amigo Mutis”, discurso leído con ocasión de los setenta años de Álvaro Mutis. Bogotá, Colombia (Reproducido en *La Jornada Semanal*, México, 25-VIII-1993; *El Tiempo y Semana*, Colombia, <https://www.semana.com/cultura/articulo/mutis-su-amistad-con-gabriel-garcia-marquez/358613-3>).

² Paz, Octavio. “Los Hospitales de Ultramar”, *Summa de Maqroll el Gaviero Poesía 1948-1988*, Álvaro Mutis, México: FCE, 1988, p. 10.

³ Gimferrer, Pere. “La poesía de Álvaro Mutis”, *Destino No. 1874*, Barcelona, IX-1973, y en *Poesía y Prosa*. Instituto Colombiano de Cultura, 1982.

Como citar

Rey, M. (2020). Las enseñanzas de Don Álvaro. En: Orejarena Torres, J. (ed. académico). *Maqroll y el imperio de la literatura: ensayos sobre la vida y obra de Álvaro Mutis. Volumen I*. (pp. 103-137). Colombia; México: Editorial Universidad Santiago de Cali; Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. DOI: <https://doi.org/10.35985/9789585522282.6>

castellana” pa ra “más de un crítico”⁴, “un poeta de culto”⁵, en igualdad de condiciones con “los grandes poetas europeos contemporáneos”⁶, “un autor cosmopolita”⁷, “un maestro”⁸, “un clásico recién nacido”⁹, “reconocido por sobresalientes protagonistas del mundo artístico y literario”¹⁰, “leído y admirado por los jóvenes de ayer y de hoy”¹¹, “un vidente que sabe a ciencia cierta que nunca volveremos a encontrar el paraíso perdido”¹², “un cuentista y novelista popular, aunque poco estudiado”¹³, “un historiador de hecho y por derecho”¹⁴, creador de “una de las construcciones más enigmáticas y seductoras de nuestra lengua”¹⁵, de una de las más singulares, significativas y reconocidas obras de la literatura escrita en español en el pasado siglo XX, una obra mestiza en constante y libre fluir entre poesía, cuento, novela y guion, epístola, diario, reseña y ensayo, conversación, entrevista y artículo periodístico, aunque dos o tres de sus críticos sólo lo perciban como un hábil manipulador y promotor de su obra¹⁶.

⁴ Benedetti, Mario. “El gaviero Álvaro Mutis”, *Nexos*, n. 169, 1-I-1992, México, p. 21.

⁵ Domínguez, Christopher. “Mutis, soñador de navíos”, *Semana, Colombia, 2007-XI-19*, con ocasión del homenaje que le rindiera la XXI Feria Internacional del Libro de Guadalajara, dedicada a Colombia y a Álvaro Mutis, donde “Mil doscientas personas sentadas y casi otras tantas de pie acompañaron las dos horas de discursos, música y aplausos al escritor” (*Sophía Rodríguez, Gatopardo, 87, II-2008, Colombia, México y otros países*).

⁶ Castañón, Adolfo. “El tesoro de Mutis”, *Vuelta*, N° 205, México, XII-93 y *Anthropos 202, España, I-III, 2004*.

⁷ Juan Gustavo Cobo Borda, “Mutis de vuelta”, *Número, Separata Premio Cervantes, Colombia, y Letras Libres No 4, España, 31-I-2002*.

⁸ Varios autores, entre ellos Guillermo Sheridan, “*Los Emisarios de Álvaro Mutis*”, *Vuelta* N° 98, México, 1984.

⁹ Updike, John. “The Lone Sailor”, *The New Yorker*, 28-VI-2010, EEUU, www.newyorker.com/critics.

¹⁰ Rodríguez Amaya, Fabio. *De Mutis a Mutis*. Bologna: University Press Bologna, 1995, p. 9.

¹¹ Jaramillo, Darío. “Álvaro Mutis”, *Anthropos*, 202, op. cit.

¹² García Márquez, Gabriel. “Mi amigo Mutis”, op. cit.

¹³ Domínguez, Christopher. “Mutis, soñador de navíos”, *Semana, Colombia, 19-XI-2007*.

¹⁴ de Ferdinandy, Miguel. “El Estratega: Un cuento de Álvaro Mutis”, *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero. Cali: Proartes, 1988, p. 266 y Eco, N° 237, Colombia, 1981*.

¹⁵ Alberto Ruy Sánchez, “Ritual gótico de tierra caliente”, *Vuelta*, núm. 121, México, 1986, p. 53 (publicado también como “La obra de Álvaro Mutis como un edificio mágico y sus rituales góticos de tierra caliente”, *Tras las Rutas de Maqroll el Gaviero, (TRMEG 1988-1993)*, Álvaro Mutis et al., ed. Santiago Mutis D., Colombia, Proartes, Gobernación del Valle y Revista Literaria *Gradiva*, 1988).

¹⁶ Con particular saña, Harold Alvarado Tenorio, “Álvaro Mutis y los supermercados”, *El Espectador*, 31-XII-93 y “*Monarquía y premios literarios*”, *El Globo, Caracas, III-18-1990* y en *Fragmentos y despojos*, Arquitrave Editores, Colombia, 2002.

García Márquez subrayaba en su discurso en el homenaje a Mutis antes citado la congruencia del mensaje de su amigo a lo largo de su vida y sus escritos: “la obra completa de Álvaro Mutis, su vida misma, son las de un vidente”¹⁷; pienso que la congruencia del creador de Maqroll va más allá del mensaje verbal y trasciende las normales inconsistencias o errores que haya podido tener; su vida, su obra y su máscara-personaje conforman un todo unitario y armónico donde vida y obra se confunden y recrean mutuamente.

Para mí, como para muchos otros lectores y críticos, Álvaro Mutis –su obra y su inolvidable Maqroll el Gaviero– ha sido un maestro del cual he tenido la oportunidad de aprender disfrutando de sus palabras en verso y en prosa, de sus actos y de sus reflexiones; los encuentros que he tenido con su obra, con el maestro y amigo, con la gente que lo conoció, la gran cantidad y diversidad de interpretaciones, críticas y recreaciones de especialistas, lectores común y corrientes, escritores, músicos y artistas plásticos a lo largo de las últimas siete décadas son una rica fuente de enseñanzas literarias y vitales –algunas de las cuales intentaré compartir aquí– y traen a mi memoria las dos imágenes preferidas por Jorge Luis Borges para explicar el hecho estético, “algo tan evidente, tan inmediato, tan indefinible como el amor, el sabor de la fruta, el agua”: la comparación planteada por el panteísta irlandés Escoto Erígena entre los múltiples sentidos de la Sagrada Escritura y los incontables visos del plumaje tornasolado del pavo real y la consideración de un cabalista español de la Escritura como una creación de Dios para cada uno de sus lectores y, por tanto, no como un libro sino como un número infinito de libros, sentencias “exactas, no sólo en lo referente a la Escritura sino en lo referente a cualquier libro digno de ser releído”¹⁸.

Por su capacidad de emocionar, por su carácter universal, por su ambigüedad y multiplicidad de sentidos, la poesía y la narrativa de Mutis recibieron más de veinte reconocidos premios en América y Europa, entre ellos los tres más importantes

¹⁷ García Márquez, Gabriel. “Mi amigo Mutis”, op. cit.

¹⁸ Borges, Jorge Luis. *Siete noches*. México: FCE, 1980, pp. 101 y 108.

en castellano: el Cervantes, 2001, el Príncipe de Asturias de las Letras y el Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, 1997, España; la XI Presea Cervantina, Guanajuato, 2011; el Ciudad de Trieste de Poesía, 2000, y el Grinzane-Cavour y Rossone d'Oro, Italia, 1997; la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio, España, 1996; la Orden al Mérito y el Roger Caillois, 1993, Francia; la Gran Cruz de la Orden de Boyacá, Colombia, 1993; el X Premio Instituto Italo-Latinoamericano de Roma, 1992; el Nonino, Italia, 1990; la Orden de las Artes y las Letras, Grado de Caballero y el Premio Médicis Étranger, en Francia, 1989; el Comendador de la Orden del Águila Azteca, el Xavier Villaurrutia y el Juchitán de Plata, 1988, México; el Doctorado Honoris Causa de la Universidad del Valle, Colombia, 1988; el Premio de la Crítica Los Abriles, México, 1985; el Premio Nacional de Poesía de Colombia, 1983 y el Premio Nacional de Letras de Colombia, 1974.

Asimismo, por las cualidades de su obra y por su don de gentes, el poeta y narrador recibió numerosos homenajes; entre ellos el de la XXI Feria Internacional del Libro de Guadalajara (2007); el del Instituto Cervantes de Estambul, que bautizó su biblioteca con su nombre y organizó una amplia exposición bio-bibliográfica con diversas ediciones de sus obras, fotografías y documentos (2005); el de la celebración de sus cuarenta años en “la región más transparente del aire” por un amplio grupo de artistas, intelectuales, personalidades y medios de comunicación mexicanos (1996); en el mismo año, el de la Semana Cultural de Colombia en México y la revista *La Casa Grande*; la celebración de sus setenta años de vida en Bogotá y México (1993), y la dedicación de la Semana del Autor del Instituto de Cooperación Iberoamericana en Madrid (1992).

A mí la poesía del creador de Maqroll me emocionó desde muy temprana edad, cuando recorría los pasillos del centenario colegio republicano donde cursé mi bachillerato con el eco de sus versos leídos en clase: las imágenes del paisaje y la música de los versos de su “Nocturno” versos me remontaban, y continúan trasladándome hoy con gran nitidez

y emoción, de manera inconsciente primero, y después con plena conciencia, al Paraíso, a los paisajes y caminos que entonces recorría entre la fría y brumosa Bogotá y mi calurosa y alegre Santiago de Cali, con el omnipresente canto y arrullo de los ríos, la lluvia y el viento, las ramas, las hojas y las aves:

*Nocturno*¹⁹

Esta noche ha vuelto la lluvia sobre los cafetales.
Sobre las hojas de plátano,
sobre las altas ramas de los cámbulos,
ha vuelto a llover esta noche un agua persistente y
vastísima
que crece las acequias y comienza a henchir los ríos
que gimen con su nocturna carga de lodos vegetales (...)
por entre la bóveda de los cafetos... ()

Hoy el recuerdo de mis viajes y el de los versos de Mutis se han condensado y me acompañan al pasado anunciándome ancestrales y nuevos recorridos festivos en la canora corriente cristalina de cámbulos, platanales y cafetos, garzas y pericos.

La frecuentación de la poesía de Mutis me fue haciendo caer en la cuenta de la importancia del recuerdo, de las imágenes, de los sonidos, del ritmo de las frases y de la posibilidad de cantarle a las comunes cosas cotidianas de la vida.

También la actitud irreverente y provocadora del escritor contra la formalidad y contra el establecimiento, tanto en la vida como en la literatura y la academia, así como su intenso diálogo con otras culturas y escritores, llamaron poderosamente mi atención, alimentaron y encauzaron mi alerta contra la solemnidad y mi búsqueda de caminos alternos y estimularon mi curiosidad y mis deseos de leer, de alimentarme con la literatura y el arte.

Más tarde disfruté la ambigüedad de sus versos libres y sus versículos, el eco de la poesía en la prosa, las reverberaciones

¹⁹ *Summa de Maqroll el Gaviero*, op. cit.

del paisaje, su desesperanza permitió que identificara la mía, y con ella, y a pesar de ella, vislumbré la ilusión de la derrota, de la fugacidad de la vida y la omnipresencia de la muerte en el poder evocatorio del recuerdo, la palabra y la literatura, como en el poema

*Visita de la lluvia*²⁰

Llega de repente la lluvia, instala sus huestes, minuciosos
guerreros de seda y sueño

(...)

y de la mano nos llevan a regiones que el tiempo había
sepultado, al parecer, por siempre:

allí nos esperan

la fiebre de la infancia,

la lenta convalecencia en tardes de un otoño incesante,

los amores que se prometían sin término,

los duelos de la familia,

los húmedos funerales en el campo,

(...)

Recordemos siempre esta visita de la lluvia. Cerrados los
ojos,

tratemos de evocar su vocerío

y asistamos de nuevo a la victoria de sus huestes que,

por un instante, derrotan a la muerte.

Mi gusto por la obra de Álvaro Mutis se fue acrecentando a medida que pasaba el tiempo y avanzaba en su conocimiento, en el forjar de mis ideas sobre el arte y la literatura y en mi comunicación con mi ser interior; entonces emprendí la búsqueda de una mayor comprensión del porqué de la permanencia de su atracción en mí, y pude comprobar que cada vez que vuelvo a leer la *Summa de Maqroll El Gaviero*, el *Diario de Lecumberri*, los relatos que componen las *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, *La Muerte del Estratega*, “La desesperanza”, los “Intermedios”, sus entrevistas y buen número de los diversos artículos y libros que sobre la obra

²⁰ Ibid.

del creador de Maqroll se han escrito, he sentido resurgir y renovarse mi emoción, mi aprendizaje y mi admiración, así como el deseo de consignarlos y transmitirlos.

En la poesía y la narrativa de Mutis hallé, y sigo encontrando, a pesar del paso del tiempo, y también gracias a él, varias de las características que para mí distinguen el discurso literario; su rítmica, ambigua y polifónica manera de cantar y contar me emociona, me permite identificarme no sólo en la música e imágenes de sus paisajes y retratos sino en las ilusas y quiméricas empresas del Gaviero, en las marcas que lleva en la piel y en el alma, en su errancia, en su soledad, en su desarraigo, en su extranjería, en su conciencia del sinsentido de la vida y la muerte, así como de los caminos que las unen; pensar en la manera como el escritor, el caminante, el minero y el marino afrontan la existencia, el amor y la amistad, la enfermedad, la muerte y la literatura; disfrutar y tomar conciencia de mi insignificante pertenencia a la compleja, diversa, contradictoria y universal humanidad y su historia, del fluir y confluir en mi mestizaje de las culturas colombiana y española, latinoamericana, árabe y judía, y conocer y revivir pasajes y personajes históricos de una nueva forma.

Los protagonistas y mundos de su universo de palabras me invitan, asimismo, a reflexionar sobre la realidad, la vida y la muerte, la Historia, el poder y la política, el trabajo, la literatura y el arte, mi ser interior y la vana pero necesaria pretensión de la construcción de un sentido de vida; su obra me impulsa a escuchar su diálogo literario y a participar en él disfrutando el placer de la re-creación y la creación de su voz y los ecos de las voces que la alimentan.

El necesario recorrido por las rutas que la crítica ha trazado para abordar la obra de Álvaro Mutis me ha permitido disfrutarla y comprenderla más; reafirmar, matizar o descartar mis impresiones e interpretaciones; percibir y concebir nuevas sensaciones e ideas; en los textos críticos sobre la obra de Mutis releo sus poemas, sus relatos, sus entrevistas y enseñanzas, los comprendo más, me releo, me comprendo mejor, y desarrollo

mi visión sobre el arte y la literatura, porque su obra permite el reconocimiento y la identificación con uno mismo y con el otro, y con los otros.

Algunas lecciones de mis encuentros con Álvaro Mutis y Maqroll el Gaviero

Poco antes de la muerte del poeta, camino a su casa, en compañía del geólogo, poeta y traductor del ruso Jorge Bustamante, recuerdo la primera vez que escuché su nombre y el de su máscara poética en los amplios y frescos espacios del Colegio Santa Librada, donde entonces cursaba el bachillerato y me acercaba entusiasmado y temeroso al radiante universo de la literatura y el arte, al calor de mis primeros torpes e ingenuos pasos tras la utopía eterna de la Edad de Oro, de un mundo mejor, de un mejor ser humano, inmerso en el envolvente halo rítmico del son, la rumba, la salsa, la danza y el amor.

En aquellos años setenta, cuando Mutis rondaba los cincuenta, ya era reconocido en el mundo latino y se había convertido en un clásico; sus poemas resonaban en los salones de clase y eran comentados en los pasillos de los colegios y en las mesas de los cafés; entonces el Gaviero empezaba a tomar cuerpo, a recorrer el mundo y a ser reconocido en hoteles, salas de espera y prostíbulos, barcos de carga, planchones y trenes, minas, puertos y bares, terrazas y cárceles, y en el imaginario de los jóvenes lectores que empezábamos a vislumbrar caminos menos hollados. A la vez, sus versos y versículos recreaban en lo más profundo del ser nuestro paisaje y, sin que yo fuera consciente de ello, alimentaban mi identidad:

Al amanecer crece el río, retumban en el alba los enormes troncos que vienen del páramo.

Sobre el lomo de las pardas aguas bajan naranjas maduras, terneros con la boca bestialmente abierta, techos pajizos, loros que chillan sacudidos bruscamente por los remolinos. (...) Tras el agua de repente enriquecida con dones fecundísimos se va mi memoria.

(...) Todo llega a la tierra caliente empujado por las aguas del río que sigue creciendo: la alegría de los carboneros, el humo de los alambiques, la canción de las tierras altas, la niebla que exorna los caminos, el vaho que despiden los bueyes, la plena, rosada y prometedora ubre de las vacas. Voces angustiadas comentan el paso de cadáveres, monturas, animales con la angustia pegada en los ojos. (...) Hace calor y las sábanas se pegan al cuerpo. Con el sueño a cuestas, tomo de nuevo el camino hacia lo inesperado en compañía de la creciente, que remueve para mí los más escondidos frutos de la tierra²¹.

Al llegar a México, el país al que marché asfixiado por la angustia generada por la plena conciencia de la extensa mancha de sangre y cadáveres que me impedían vislumbrar una ruta decente hacia la Edad de Oro en la tierra del Dorado rojo, por la histórica barbarie que sustenta nuestra enorme desigualdad social, por la ineficiencia de nuestros cantos de sirena, por la violencia inútil y atroz a la que han sido arrastrados muchos de quienes pretendían combatirla, tomé conciencia de que ese camino ya había sido recorrido por otros, y que ante la imagen y la realidad de una Colombia violenta, corrupta y narcotraficante se erguía orgullosa la de otra Colombia, trabajadora, migrante, amorosa, creativa y vital: los rostros, las manos, las voces y las almas sonrientes de Barba Jacob, Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez, Fernando Botero, Leo Matiz, Carmencita Pernet, Rómulo Rozo, el Caimán Sánchez y Rodrigo Arenas Batancourt, entre tantos paisanos que han encontrado refugio en la tierra originaria del maíz, el jitomate, el mole, el aguacate, el muralismo, las rancheras, *Pedro Páramo*, *La voz de los vencidos* y el tequila, la tierra receptora y heredera de nuestra cumbia, nuestro trabajo, nuestra filigrana, nuestras letras y nuestras imágenes...

Entonces, como tantos otros, quise conocer a nuestros ancestros en México, quise ir al Blanquita, a Garibaldi y a la Arena México, a la Plaza de las Tres Culturas, a la casa de

²¹ Summa de Maqroll el Gaviero, op. cit.

Trotsky, a la de Frida y a Comala, quise bailar mambo con Pérez Prado, Tongolele y María Félix, conocer a Rulfo, García Márquez, a Álvaro Mutis...

Un alto ejecutivo y un renombrado poeta de buen humor, solidario, generoso y pícaro

La imagen de divertido hombre de gran mundo, de alto ejecutivo y de poeta exitoso tiende a ocultar el espíritu solidario y generoso del creador del errante Maqroll el Gaviero, su disposición para identificarse con el dolor, la necesidad y los proyectos del otro, el apoyo brindado a los artistas jóvenes, sus propias experiencias de abandono, dolor y muerte; pero sabíamos que recibía solidariamente en su oficina y en su casa a numerosos escritores, periodistas y artistas que lo buscaban para entregarle sus primeros libros, pedirle una entrevista, un prólogo, un comentario, una presentación, un consejo o, simplemente, para conocer al maestro.

Convencidos de su generosidad, a poco llegar, Fabio Jurado, Óscar Castro y yo estábamos a la puerta de una refinada y sobria oficina de Polanco, uno de los barrios de más caché de la capital mexicana; una comprensiva secretaria nos condujo ante el célebre y elegante narrador de *Los Intocables*, el gerente de la Columbia Pictures y la Twentieth Century Fox para América Latina: el poeta Álvaro Mutis, quien se acercó sonriente con la mano extendida a saludar a otros de los tantos muchachos aprendices de letras que solían buscar sus palabras y solidaridad. Íbamos a pedirle apoyo para las Primeras Jornadas Culturales de Colombia, organizadas por el Taller Literario Porfirio Barba Jacob (Óscar, Fabio, Ariel Castillo, Adolfo Caicedo, Luz Ayder Paz, Socorro González y Plinio Garrido). Óscar le pidió colaboración para su tesis sobre su poesía y Fabio le solicitó un contacto con García Márquez para que nos apoyara en la organización de la jornada y el homenaje al poeta y periodista Barba Jacob. Comentó la empresa, habló de la promoción cultural, de literatura, de Colombia y México; nos dio nombres y teléfonos, y días después iluminó con la lectura de sus poemas, sus festivas anécdotas y sus carcajadas

los recintos de la UNAM y la Galería Domecq, donde transcurrieron las Jornadas.

Ante nuestras preguntas sobre cómo lograba armonizar su desempeño en el mundo de los números y las letras, Mutis nos explicó con gran sinceridad y sencillez que él, desde muy joven, había decidido no pasar necesidades, como Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*; que la lógica de los negocios era muy simple: alguien compra una cosa en dos para venderla en cuatro y quien la compra en cuatro lo hace para venderla en ocho..., y que él separaba escrupulosamente los dos mundos, sin pretender sacar provecho en ninguno de los dos de su condición en el otro.

De pronto, el maestro nos contó ilusionado que estaba haciendo los preparativos para las vacaciones al Mar de Cortés a ver las ballenas, un regalo para Santiago, su hijo, que vendría de Colombia; me sorprendió el entusiasmo con que lo contaba; yo me había peleado hacía poco con mi padre y releía *Edipo Rey* y *Pedro Páramo*, así que sus palabras me llegaron al alma; tiempo después leí el poema en el que Santiago le dice que hace años que lo espera en su casa y el relato "Jamil" de Mutis; me dolió el estómago, y sentí y pensé que la paternidad era un asunto verdaderamente complejo, difícil, universal, atemporal, ineludible y doloroso.

Ese día yo llevaba enrollados debajo del brazo mis primeros versos, y cuando empecé nervioso mi atropellado discurso para solicitarle que los leyera, poniéndome la mano en el hombro me dio una lección inolvidable: "Mario, si quieres, con mucho gusto me los llevo y los leo, pero no te voy a decir nada, no esperes nada: Uno siempre sabe cuándo da en el blanco", y me regaló y me dedicó un ejemplar de *Caravansary*, y una anécdota y una enseñanza que suelo compartir con mis alumnos: "Uno siempre sabe cuándo da en el blanco".

Eduardo García recuerda eufórico otro gesto de generosidad del maestro: con frecuencia lo invitaba a él y a

otros escritores a exquisitos y socráticos recorridos por las cantinas y los restaurantes de la ciudad de México; asimismo, el pintor colombiano Santiago Rebolledo cuenta que en una ocasión, en la inconciencia del amor y de los tragos, habló desde México durante toda una noche por teléfono con su novia en Italia, y que ante la inminencia del corte del teléfono y la negativa o la imposibilidad de sus amigos de ayudarlo, alguien le dijo que llamara a Mutis, quien, sin conocerlo, le dio el dinero para pagar la llamada, muerto de la risa, sin ninguna pregunta ni observación, y que lo interrumpió y pasó a otro asunto cuando, tiempo después, Rebolledo quiso pagarle y darle explicaciones.

En los años noventa, ante el cuentico repetido hasta el cansancio en la prensa, la radio y la tele de “La colombianización de México” –después se hablaría de la mexicanización de Colombia–, y la penosa labor de la gran mayoría de nuestros diplomáticos de ocasión, a quienes sólo se les ocurre festejar la Independencia con los cómicos de la tele y la pachanga, retomamos la experiencia de las Jornadas y creamos la Semana Cultural de Colombia en México y la revista iberoamericana *La Casa Grande*. Entonces disfrutamos orgullosos de la solidaridad y la complicidad del poeta y Carmen Miracle, su esposa, quienes fungían como los auténticos, dignos, señoriales, cultos y respetables embajadores que muy pocas veces hemos tenido en el mundo. Álvaro no sólo leía sus poemas, participaba en las mesas de discusión, concedía entrevistas, posaba para las cámaras, inauguraba las Semanas, y soportaba estoicamente, a pesar del conocido carácter mutable de quienes nacen bajo el signo de Virgo, la impertinencia de algunos de los señorones, las señoronas y los “listos” del momento, a quienes dedica un poema:

Balada imprecatoria contra los listos²²

Ahí pasan los listos.
Siempre de prisa, alertas, husmeando

²² *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía Reunida* (SMEG PR), México: FCE, 2002.

la más leve oportunidad de poner a prueba
sus talentos, sus mañas,
su destreza al parecer sin límites.
Vienen, van, se reúnen, discuten, parten.
Sonrientes regresan con renovadas fuerzas.
Piensan que han logrado convencer,
tornan a sonreír, nos ponen las manos
sobre los hombros, nos protegen, nos halagan,
despliegan diligentes su abanico de promesas
y de nuevo se esfuman como vinieron,
con su aura de inocencia satisfecha
que los denuncia a leguas.
Jamás aceptarán que a nadie persuadieron.
Porque cruzan por la vida
sin haber visto nada,
sin dudas ni perplejidades.
Su misma certeza los aniquila.
Pero, a su vez, también sus víctimas
suelen olvidarlos, confundirlos en la memoria
con otros listos, sus hermanos,
tan semejantes, tan de prisa siempre,
tratando de ocultar a todas luces
el exiguo torbellino que los alienta
a guisa de corazón.
Todo cuidado, toda prudencia,
de nada valen con ellos,
ni vienen a cuento.
Su efímera empresa, al final,
ningún daño logra hacernos.
Los listos, os lo aseguro, son inofensivos.
Es más, cuando me pregunto
a dónde irán los listos cuando mueren,
me viene la sospecha de si el limbo
no fue creado también para acogerlos,
sosegarlos y permitirles rumiar,
por una eternidad prescrita desde lo alto,
la fútil madeja de su inocua cuquería.
Ignoremos a los listos y dejémoslos
transitar al margen de nuestros asuntos
y de nuestra natural compasión

a mejores fines destinada.

De los listos no habla el Sermón de la Montaña.

Esta advertencia del Señor debería bastarnos.

Aunque siempre dijo que no le interesaba la política, Álvaro Mutis tenía una mirada crítica sobre lo que pasaba en el gran supermercado en que se había convertido el mundo, como solía decir; no puedo olvidar la inauguración de una semana en la que se refirió con gran indignación a la barbarie de las guerras yugoslavas, al mercado de las armas, a la urgencia de la paz en Colombia y al papel de la poesía y el arte: “La poesía salvará al mundo”. Esa era una de sus convicciones, una de las pocas salidas que dejaba viva su desesperanza.

Minutos antes de su apasionado e indignado discurso, cuando llegó el nuevo embajador, me preguntó si estaba seguro de que deseaba que inaugurara él y no el diplomático, y ante mi respuesta, sonriendo, comenzó a hablar sin sombra alguna de duda; le causaba gracia que fuéramos nosotros y no la embajada quienes organizáramos esos festejos –a Uribe, sus muchachos y sus “agregaos”, en cambio, no les causó gracia alguna cuando llegaron al poder, y así lo hicieron sentir de manera evidente y dolorosa en la que fue la última de nuestras semanas culturales dedicadas a la búsqueda de la paz en Colombia y a la fundación de la Casa de la Cultura de Colombia en México...

No puedo dejar de sonreír cuando veo su imagen, de pantalón gris, saco oscuro, camisa blanca y rojo gazaré, tirado en un pasillo del Palacio de Bellas Artes, posando con el brazo en el suelo, la mano en la mejilla, una pierna cruzada y la sonora risotada ante las cámaras que disparaban sin cesar, en medio de un gran coro de carcajadas: se había caído y transformado el difícil momento en motivo de fiesta.

Una tarde, en el mágico Tepoztlán de Morelos, después de enseñarme a preparar el mejor Martini del mundo – honorable asunto en el que competía carnavalescamente con don Luis Buñuel–, con la copa en sus manos temblorosas y la luminosidad intacta de su inteligencia, humor y memoria,

don Álvaro, para mi sorpresa, después de denostar los boleros, cantó completicos, desde la primera hasta la última línea, uno tras otro, en tono burlesco, más de una docena...

Álvaro Mutis era un narrador nato; apenas empezaba a contar, la gente dejaba lo que estaba haciendo en la reunión para sumarse al corro y escucharlo fascinada, como cuenta la narradora y periodista Elena Poniatowska; una tarde asistí deslumbrado a la representación de una y otra y otra de sus maravillosas historias: su forzoso aterrizaje en la costa con un tigre en la pista; su trágico descenso desde las alturas, con la Virgen en pedazos, el pánico y el vómito de la tripulación zarandeada por la tormenta, a las tierras cafetaleras de sus ancestros iluminadas por las velas, los inciensos y las oraciones de los fieles que esperaban ansiosos su virgen; el retiro apresurado y a escondidas del cadáver del hombre más rico del mundo en el ascensor de un hotel en la festiva y calurosa Barranquilla, así como su respuesta al empleado que le preguntó quién iba ahí: “El señor obispo”; su primer encuentro y saludo con Gabo, en medio de una lluvia torrencial que doblaba las palmeras y tiraba cocos sin cesar en la misma caribeña Cartagena de Indias donde Maqroll el Gaviero fuera salvado por el pintor Alejandro Obregón de una pandilla de atracadores: “¿Ajá, y cómo va la vaina?”, frase cuyo espíritu compinche conservaría su amistad por el resto de sus días; su estadía preso en el palacio de Lecumberri, “Mi verdad”... Y la fantástica y sorprendente historia de su febril viaje a La Habana en una fiesta interminable de la que sólo pudo salir cuando su jefe se vio obligado a ir a recatarlo después de varias semanas de juerga, germen del pobre burócrata Peñalosa encadenado a una de las azafatas de la Villa Rosa, elegante prostíbulo creado por Mutis, Ilona Grabowska y Maqroll, en Panamá, anécdota que también recrea con encanto el triste y pobre prostíbulo barranquillero de falsas y mal vestidas azafatas que el mismo autor tuvo que hacer cerrar cuando trabajaba para una compañía de aviación; dramáticas y divertidas historias que hacen evidente que entre su realidad,

su imaginación y su literatura los límites y las relaciones son estrechos, múltiples y sorprendentes.

A pocos días de cumplir noventa años, en un antiguo pueblito que aún logra conservarse enclavado en la monstruosa Ciudad de México de enormes avenidas de dos pisos, millonarios centros comerciales y altísimos y modernos edificios flotando entre las nubes caquis de la contaminación, en la calle San Jerónimo, cuyo nombre se convierte apenas cruzar el umbral de la casa del poeta en Rue Céline, brevísimo camino al Paraíso del verde y plácido jardín regido por plátanos y cafetos que conducen a su luminoso refugio de libros, discos, pinturas y retratos, flores, bellos objetos, soldaditos de plomo y gatos, con la delicada, encantadora, sabia y amorosa presencia de Carmen, encontramos al hombre que, consciente de la inutilidad de toda empresa humana, se emociona como un niño al evocar a Colombia y al saber que Jorge bautizó una veta del Levantamiento Minero San Diego Curucupaco en México con el nombre Amirbar; recuerda el resplandor de San Petersburgo, a sus maestros rusos de juventud, descubiertos gracias a Zalamea y Casimiro Eiger, pide con picardía otro whisky y brinda en ruso: ¡za zdaróvie! ¡Za zdaróvie, maestro!

La última vez que lo vi, a pesar de que tenía el tanque de oxígeno a su lado, pensé que su fuerza y su alegría de vivir lo iban a salvar de ese mal momento, pero la noticia de su muerte me sorprendió y me dejó sumido en una profunda tristeza diluida por una leve sonrisa; lo había visto en su cuarto luminoso, entre las verdes hojas de los plátanos que se asomaban a la ventana y las blancas hojas de un libro abierto en el silencio que precede a un gran concierto, ante la amorosa mirada de su numen, llevarse a la boca la almojábana que transportó su espíritu vaya a saber adónde, ¿al espacio y tiempos pasados, al incierto porvenir, a la nada? No soporté el vacío del silencio: “Maestro, espero que la próxima vez que nos veamos esté mejor y nos tomemos un whisky.” Entonces su rostro se iluminó y me contestó sonriendo: “¿Pero por qué

uno, Mario?” Ansioso, salí saboreando el fuerte líquido vital y su ya eterna pícara sonrisa que trasciende la desesperanza.

Álvaro Mutis, la desesperanza y la aceptación

Cuando se piensa en el creador de Maqroll el Gaviero viene de inmediato a la mente la palabra desesperanza, término con el cual se califica la actitud vital y filosófica del escritor y su máscara y personaje, y por extensión el mensaje de su obra; Mutis mismo mostró el peso y la importancia de tal actitud, y le marcó el camino a la crítica, cuando la definió en dos ensayos publicados en *La Muerte del Estratega*, “La desesperanza” y “¿Quién es Barnaboth?”: lucidez, incomunicabilidad, soledad, relación especial con la muerte y “rechazo de toda esperanza más allá de los más breves límites de los sentidos, de las más leves conquistas del espíritu (...) Tal vez desesperanza no sea la palabra para nombrar esta situación, en vano he buscado otra...”, y aclara que el héroe desesperanzado “no está reñido con la esperanza, lo que ésta tiene de breve entusiasmo por el goce inmediato de ciertas probables y efímeras dichas”²³; esta condición aclara muy bien la actitud vital tanto de Álvaro Mutis como de Maqroll el Gaviero: más allá del dolor por la enfermedad, la descomposición y la muerte que cantan y cuentan, ambos aman y gozan la vida, el mar, la tierra, el agua, los animales, el trabajo, sus productos, los viajes, la buena comida y el buen trago, la amistad y el amor, la lectura, la literatura y el arte, y en especial al ser humano. Sí. Pero ante el arribo inminente de la enfermedad y la muerte, Mutis también nos enseña que sólo se puede vivir en paz aceptándolas, aceptando lo que depara la vida, satisfechos de haber vivido sin sucumbir ante el miedo, sin dejarse paralizar por el miedo, la angustia y el sinsentido de la vida, viviendo plenamente, caminando hacia ella disfrutando plenamente la vida, una lección en la que no nos hemos detenido, a pesar de que sus actitudes y sus palabras la muestran:

²³ *La muerte del Estratega. Narraciones, Prosas y Ensayos*. México: FCE, 1988, pp. 173-174.

*Nocturno en Compostela*²⁴

Sobre la piedra constelada
vela el Apóstol.
Listo para partir, la mano presta
en su bastón de peregrino,
espera, sin embargo, por nosotros
con paciencia de siglos.
Bajo la noche estrellada de Galicia
vela el apóstol, con la esperanza
sin sosiego de los santos
que han caminado todos los senderos,
con la esperanza intacta de los que,
andando el mundo, han aprendido
a detener a los hombres en su huida,
en la necia rutina de su huida,
y los han despertado
con esas palabras simples
con las que se hace presente la verdad.
En la plaza del Obradoiro,
pasada la media noche,
termina nuestro viaje
y ante las puertas de la Catedral
saludo al Apóstol:
Aquí estoy –le digo–, por fin,
tú que llevas el nombre de mi padre
tú que has dado tu nombre a mi hijo,
aquí estoy, Boanerges, sólo para decirte
que he vivido en espera de este instante
y que todo está ya en orden.
Porque las caídas, los mezquinos temores,
las necias empresas que terminan en la nada,
el delirio que se agota en la premiosa
lentitud de las palabras, las traiciones
a lo que un día creímos lo mejor de nosotros,
todo eso y mucho más que callo o que olvido,
todo es, también, o solamente,
el orden; porque todo ha sucedido,
Jacobo visionario, bajo la absorta mirada

²⁴ *Summa de Maqroll el Gaviero*, op. cit.

de tus ojos de andariego enseñante
de la más alta locura.
Aquí, ahora, con Carmen a mi lado,
mientras el viento nocturno
barre las losas que pisaron monarcas y mendigos,
leprosos de miseria y caballeros
cuya carne también caía a pedazos,
aquí te decimos simplemente:
De todo lo vivido, de todo lo olvidado,
de todo lo escondido en nuestro pobre sueño,
tan breve en el tiempo
que casi no nos pertenece,
venimos a ofrecerte lo que consiga
salvar tu clemencia de hermano.
Jaime, Jacob, Yago,
tú, Hijo del Trueno,
vemos que ya nos has oído,
porque esta piedra constelada
y esta noche por la que corren las nubes
como ejércitos que reúnen sus banderas
nos están diciendo
con voz que sólo puede ser la tuya:
“Sí todo está en orden,
todo lo ha estado siempre
en el quebrantado y terco
corazón de los hombres”.

Álvaro Mutis y la música

Además de la alegría de vivir, de cantar, contar y recrear el Paraíso Perdido, la poesía, la narrativa, las entrevistas y las charlas de Mutis señalan la importancia de la música en la vida y en el mundo creado en el papel, más allá de la armónica distribución de los acentos, la rima, las estrofas y el verso clásicos, el ritmo de sus versos, sus versículos y su prosa nos hacen sentir la música del paisaje cafetero, la lluvia, los ríos, el viento y las montañas, los cafetos, los platanales, las palmas de cera y el dibujo del vuelo de los loros y las garzas, el gemir de las reses, el ronroneo de los camiones en su penoso ascenso, los ecos de los bramidos de las víctimas en los socavones y el

habla seductora de su gente; también se siente la música en el ritmo de sus cadenas de palabras, en la sonoridad de éstas, en sus repeticiones, en sus anáforas, y a veces sus frases sólo son una enigmática imagen sonora intraducible provocada por la música.

Mutis es un melómano con oído musical, y así lo dicen su rica colección de discos, sus visitas a las salas de música y conciertos, sus conversaciones y comentarios y su obra. Gabriel García Márquez lo recuerda en sus años juveniles:

... una tarde (...), cuando le oí decir algo casual sobre Félix Mendelssohn (...) Fue una revelación que me transportó de golpe a mis años de universitario en la desierta salita de música de la Biblioteca Nacional de Bogotá, donde nos refugiábamos los que no teníamos los cinco centavos para estudiar en el café. Entre los escasos clientes del atardecer yo odiaba a uno de nariz heráldica y cejas de turco, con un cuerpo enorme y unos zapatos minúsculos como los de Buffalo Bill, que entraba sin falta a las cuatro de la tarde, y pedía que tocaran el concierto de violín de Mendelssohn. Tuvieron que pasar 40 años, hasta aquella tarde en su casa de México, para reconocer de pronto la voz estentórea, los pies de Niño Dios, las temblorosas manos incapaces de pasar una aguja por el ojo de un camello²⁵.

Por aquella época, en una cabina de la Radiodifusora Nacional de Colombia, con la Quinta Sinfonía de Sibelius, Álvaro Mutis escribió su primer poema. Cuando monseñor Castro Silva, rector del Colegio Mayor del Rosario, le llamó la atención al joven sobrino nieto del sabio José Celestino Mutis por la cantidad de materias que debía, jamás se imaginó la respuesta, ni sus consecuencias: “Monseñor, es que yo no puedo perder el tiempo estudiando; estoy leyendo ahorita...”. La pasión por la lectura y la desenfadada respuesta del poeta desencadenaron su salida del colegio un año antes de que terminara el bachillerato, y su ingreso a la Radiodifusora

²⁵ García Márquez, Gabriel. “Mi amigo Mutis”, op. cit.

Nacional para dirigir *Actualidad Literaria*, programa que había dejado el escritor Jorge Zalamea para posesionarse como Embajador de Colombia en México.

Tres meses después, en el momento en que el nuevo director de la emisora despedía a Mutis por su juventud, Bernardo Romero Lozano, director del Radioteatro Nacional, reconoció su excelente voz de locutor, le ofreció trabajo como actor y lo salvo de quedarse sin empleo. Así, a los dieciocho años, el creador de *Maqroll el Gaviero* había dejado el colegio, se había convertido en comentarista de libros, actor radiofónico y poco después en locutor de noticias y poeta.

Un día de 1942, Álvaro Mutis escuchaba música clásica entre uno y otro boletín, y mientras esperaba la hora del último noticiero, en el tercer movimiento de la Quinta Sinfonía de Sibelius, se sintió especialmente conmovido con la música del compositor finlandés: “Era como si quisiera revelarme un secreto que tenía que ver profundamente conmigo. Volví a poner el disco desde el comienzo, me senté frente a la máquina y escribí unos cuantos versos”²⁶.

Los leyó de inmediato, y con el pudor y el sentido crítico de quien busca seriamente la alquimia de las palabras en poesía, apretujó el papel y lo tiró a la basura; pero a diferencia de lo que había sucedido en ocasiones anteriores, los versos permanecieron en su ser, y al día siguiente los recuperó del cajón de la basura: “Algo me dijo que en esas líneas había ciertos elementos que eran totalmente míos, y ya no, simplemente, el eco de las voces literarias que me acompañaban desde niño {...} Allí estaba todavía esa primera página que decidí conservar, en la cual quedaron escritas muchas imágenes que después habrían de aparecer en mis poemas. Recuerdo una: ‘Un dios olvidado mira crecer la hierba’...”²⁷. Hoy conocemos este primer poema gracias a su hijo Santiago, poeta, editor y curador de su obra, quien lo

²⁶ Quiroz, Fernando. *El reino que estaba para mí. Conversaciones con Álvaro Mutis*. Bogotá: Norma, 1993, p. 43.

²⁷ *Ibid.*, p. 44.

publicó en *Poesía y Prosa*. Álvaro Mutis²⁸; y el verso escrito en aquella cabina de radio resurgió en “El Miedo” de los *Elementos del desastre*²⁹.

La experiencia de Mutis en la radio fue clave para él, no sólo por ser su primer trabajo y haber escrito en una de sus cabinas su primer poema, sino porque su formación literaria se enriqueció significativamente con la música que escuchaba, pues la música es un elemento fundamental de la poesía, en general, y de su poética en particular, como se aprecia en sus propias palabras:

La relación directa con lo que yo escribo, yo no la puedo establecer; lo que sí puedo establecer es que tiene la capacidad de desencadenar dentro de mí una serie de imágenes y de compartimentos que se abren para que produzcan visiones, escenas, incidentes que yo voy almacenando; nunca las apunto, pero después, cuando leo las páginas que he escrito, con todo el escepticismo con que lo hago, me doy cuenta que muchas de las cosas que ha suscitado están allí en alguna forma, ojalá fuera en una forma fiel y absoluta³⁰.

La música se siente en la poesía y los relatos de Álvaro Mutis; titula con nombres de los géneros musicales varios de sus poemas, y les imprime su espíritu: “Nocturno”, “Sonata”, “Canción del Este”, “Moirologhia”, “Diez Lieder”...; le rinde homenaje al musicólogo Otto de Greiff, al compositor Mario Lavista, a Chopin y a la cantante lírica “Ángela Gambitzi”; toma alegóricamente la charanga y sus músicos para formular algunos principios de su poética en “Programa para una poesía”; su obra ha impactado el alma y la sensibilidad musical de sus lectores, los ha estimulado creativamente y ha dado origen a tres composiciones: “Tres nocturnos, para mezzosoprano y orquesta”, Mario Lavista; “Cantata del tequila para coro mixto

²⁸ Op. cit, p. 359.

²⁹ *Summa de Maqroll el Gaviero*, op. cit.

³⁰ Casete Núm. 17 de la charla de Álvaro Mutis con Fernando Quiroz, transcripción mía.

y orquesta de cámara”, Marcela Rodríguez, y “Nocturno”, Luis Torres Zuleta.

La amistad: un principio vital y literario de Álvaro Mutis

Uno de los principios torales del creador de Maqroll el Gaviero, de su actitud ante la vida, de su pensamiento y obra, es la amistad; ante el dolor y la plena conciencia de la inevitabilidad de la muerte, experimentada en su niñez con la desaparición de su joven padre por una enfermedad estomacal, de la soledad que nos aqueja desde la pérdida del nacimiento e incrementada con cada una de las muertes de quienes nos rodean, y de lo vano de toda empresa humana –“¡Señor, Señor, por qué me has abandonado!”-, clama en su poema “204”³¹-, Álvaro Mutis cultivó la amistad, forma excelsa del amor, y buscó insistentemente la comunicación con el otro, con los otros: “Escucha Escucha Escucha”, repite en “204”. Por ello, de manera natural, consciente e íntegra, el creador de Maqroll el Gaviero cultivó la amistad y el diálogo a lo largo de su vida y de su obra.

“Mutis hace sentir a cada uno de sus amigos como si fuera su mejor amigo”, dice Eduardo García³², uno de los incontables jóvenes colombianos que buscó al maestro al llegar a México y fue recibido en su casa en una larguísima entrevista de cinco años, al calor generoso de la cava, los recuerdos y las palabras del maestro. La frase de Eduardo describe muy bien la capacidad de Álvaro Mutis para establecer el contacto amistoso; pero su sentido de la amistad es mucho más profundo; en él se trata de un valor fundamental y consciente. Cree de verdad en la amistad, y la cultiva, y le rinde culto, como se hace evidente en numerosos casos, algunos señalados aquí, y queda claro cuando habla con Fernando Quiroz acerca de sus convicciones: “Esas convicciones, que puedo seguir enunciando, son mis dioses tutelares (...) creer en la amistad, en el amor; en dar el amor

³¹ Summa de Maqroll el Gaviero, op. cit.

³² Celebraciones y otros fantasmas, op. cit., p. 8.

a los amigos, a la mujer, al arte, a las cosas bellas; el amor, que es una especie de continuo quemarse, de continuo consumirse por esa cosa; ése es un dios tutelar; yo creo en eso”³³.

La literatura, la música y el arte son un ejercicio especial de amistad en el que el creador le susurra, le expresa al lector en voz baja, y a veces a gritos, sus temores y alegrías, sus sueños y pesadillas, sus experiencias, sus pesadillas, sus miedos, sus fantasías, sus penas y su placer, invitándolo a un diálogo personal que, lo sabe, es incierto y ahistórico, pero necesario, fructífero y enriquecedor.

En sus páginas, Álvaro Mutis dialoga consigo mismo, con quien es, con el que no se atrevió a vivir, con el que fantasea ser; pero nunca pierde de vista al lector, nos habla y nos hace vivir, y nos hace sentir, y nos hace reflexionar; de múltiples y variados intereses, inquieto y apasionado, nos presenta, y les rinde homenaje, a sus seres queridos y amigos del presente, del pasado inmediato y de la Historia, reales o imaginarios, de una u otra cultura, de su familia, de literatura, música, pintura, cine y arquitectura, velada o explícitamente, con dedicatorias, retratos, citas y anécdotas. Nos presenta a sus amigos, y nos invita a conocerlos y a platicar con él y con ellos.

En sus escritos, así como en sus charlas y entrevistas, Mutis dialoga con sus autores, sus personajes favoritos, sus amigos y sus familiares, y se los presenta al lector; en sus páginas nos topamos con José Celestino Mutis y sus ancestros; con don Santiago y doña Carolina, sus padres; con sus hijos y sus nietos; con su hermano Leopoldo y su esposa; con los hombres y mujeres del campo; con personajes del jet set y de la cárcel; con Carmen, Francine y Nicolás; con Gabriel García Márquez y su familia; con Álvaro Castaño y Gloria Valencia; con San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Cervantes y Machado; con Alonso Sánchez Coello, Alejandro Obregón, Fernando Botero y Arnaldo Coen; con Juan Rulfo, Juan José Arreola y Carlos Fuentes; con Octavio Paz y Francisco Cervantes; con Víctor Hugo, Proust, Gide, Rimbaud, Perse y Apollinaire; con

³³ *Conversaciones*, op. cit., p. 140.

Dostoievski, Pushkin y Ana Ajmatova; con Otto de Greiff, Mario Lavista y Marcela Rodríguez; con León de Greiff, Eduardo Carranza, Jorge Zalamea y Aurelio Arturo; con Pablo Neruda, Ludwig Zeller, Enrique Molina y Eliseo Diego; con Emilio García Riera y Luis Buñuel; con Joyce, Faulkner, Kavafis, Mishima y Borges; con Paulina Lavista, Arturo Camacho, Luis Barragán y Álvaro Restrepo; con Felipe II, Catalina Micaela, Bolívar, Napoleón y Constantino... En fin, es tan grande la lista de las amistades y las querencias cultivadas a lo largo de la intensa y productiva vida de Álvaro Mutis que llenaríamos varias páginas, razón por la cual sólo puedo ofrecer una pequeña y quizás un tanto arbitraria muestra de ellos.

Gracias a Santiago Mutis podemos tener una idea aproximada del espíritu inquieto de Mutis, de sus amistades, lecturas, diálogos y mensajes, a través de sus artículos, sus prólogos, sus columnas, sus traducciones, sus homenajes y su crítica, así como de los más significativos escritos sobre su obra en las primeras décadas, reunidos en *Poesía y Prosa*, *Tras las rutas de Maqroll el Gaviero*, *De lecturas y algo del mundo*, *Desde el solar* y *Estación México*.

Con su joven amigo Eduardo García, en sus *Celebraciones y otros fantasmas. Una biografía intelectual*, nos podemos acercar a su narrativa y poesía, a los sucesos y personajes históricos más caros al creador del Gaviero, sus lecturas e influencias, sus experiencias espirituales y sus concepciones sobre la religión y la divinidad, los viajes, las ciudades, las embarcaciones y los aviones, la política, los militares y los listos, los “vencidos”, la novela y la poesía, la amistad y el mundo de la infancia.

En *El reino que estaba para mí*, con Fernando Quiroz, vivimos los pasajes más significativos de la biografía del poeta, narrador y pensador: sus padres, su Paraíso cafetero, su Reino extendido desde Bruselas y París a Europa, recreados en San Jerónimo, la fría y gris Bogotá, los viajes que unen Reino y Paraíso, la vida, el trabajo, los amigos, la jubilación en La Región más Transparente del Aire y el ritmo frenético originado por la explosión narrativa de las aventuras del Gaviero.

Con el poeta y académico Ricardo Cuéllar Valencia³⁴, Mutis hace un recorrido crítico por la poesía de la tierra de Juan de Castellanos, José Asunción Silva, Guillermo Valencia, Aurelio Arturo, Barba Jacob, León de Greiff, Juan Manuel Roca, William Ospina, Jorge Bustamante y Santiago Mutis, entre otros, y así como nunca se permitió hablar de la política mexicana, por cortesía, tampoco lo hace de su literatura, salvo en muy contados casos, y para destacar a algún amigo o alguna obra, como cuando le llevó a Gabo *Pedro Páramo* y le dijo “tenga para que aprenda”.

Mutis siempre fue consciente del carácter dialógico de la escritura; por ello buscó la claridad y la sencillez, hasta rondar la perfección musical del silencio, como podemos apreciar en sus últimos poemas.

En su obra, Álvaro Mutis rinde homenaje a la amistad, un homenaje que encarna en la central relación de su célebre Maqroll el Gaviero, con Ilona, Abdul Bashur y otros personajes, como doña Empera o el capitán; Maqroll, Ilona y Bashur caminan, extraños y solidarios, con el escudo de la amistad de manera singular en un mundo que les es hostil o indiferente por la misma senda del Quijote y Sancho Panza, los tres mosqueteros, Teseo y Piritito.

El cuidado de la amistad y el cultivo del diálogo de Mutis se hace patente, incluso, en su relación con los críticos que abordan su obra, pues siempre estuvo a disposición de quienes lo buscaron para hablar sobre su vida y sus escritos; por ello es frecuente encontrar en los libros de la crítica entrevistas de los autores al creador del Gaviero o referencias importantes a las conversaciones del crítico con el autor, como ocurre con Óscar Castro³⁵, Juan Gustavo Cobo Borda³⁶, Consuelo Hernández³⁷,

³⁴ “Álvaro Mutis o el lenguaje del mito poético”, *TRMEG* (1988-1993).

³⁵ *Poética, noche y muerte en la poesía de Álvaro Mutis y Sueños, erotismo y muerte en la narrativa de Álvaro Mutis*, Archs. Digs.

³⁶ *Para leer a Álvaro Mutis*. Bogotá: Espasa e Fórum, 1998.

³⁷ *Álvaro Mutis: una estética del deterioro*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1995.

Michèle Lefort³⁸, Fabio Rodríguez³⁹, William Siemens⁴⁰ y Anne Marie Van Broeck⁴¹, además de las innumerables entrevistas que concedió a lo largo de su vida; también es significativo el afecto manifiesto en los autores y los textos escritos con ocasión de los homenajes que se le rindieron por sus premios, sus aniversarios y su muerte en Colombia, Francia, España y México, publicados algunos de ellos en las revistas *Anthropos 202*⁴², *Número*, *Semana* y *La Jornada Semanal*, y en el libro generado en la Semana de Autor dedicada al creador del Gaviero, editado por Pedro Shimose⁴³.

En uno de los múltiples homenajes que se le han rendido al creador de Maqroll el Gaviero en México con ocasión de su muerte⁴⁴, celebramos, compungidos y amorosos, un fervoroso rito en honor al gran poeta, narrador, periodista, promotor, relacionista público, actor, melómano, pensador, amante de la Historia, las artes plásticas, los *tramp steamer* y, sobre todo, al extraordinario ser humano, maestro y amigo Álvaro Mutis. Nuestras palabras, nuestros recuerdos y nuestros corazones se fundieron y se funden en comunión con los de sus innumerables lectores, amigos y seres queridos para decirle que sigue vivo en nuestras almas, en sus poemas, en sus relatos y en sus reflexiones, y que seguirá vivo aún después de nuestras muertes, pues supo captar y transmitir en sus páginas el asombro, el gozo y el amor por la naturaleza, por la vida, por el ser humano, sus conflictos, sus creaciones y sus miserias, y por la necesaria lucha por entenderlas y trascenderlas; que seguirá vivo, pues supo construir imágenes, personajes y situaciones que le permiten al lector reconocerse,

³⁸ Álvaro Mutis et Maqroll el Gaviero. Paris: Presses Universitaires de Rennes, 2001.

³⁹ *De Mutis a Mutis*. Bologna: University Press Bologna, 1995.

⁴⁰ *Las huellas de lo trascendental*. México: FCE, 2002.

⁴¹ Álvaro Mutis, memoria de Bélgica. Medellín: Universidad EAFIT, 2016.

⁴² Álvaro Mutis Paraíso y Exilio, figuras de un imaginario poético. Madrid: *Anthropos*, 2004.

⁴³ Álvaro Mutis, Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, Ediciones de Cultura Hispánica, 1993.

⁴⁴ Organizado por el FONCA, Conaculta, dirección de Mini Caire, con la participación de Carmen Miracle, Ana María Jaramillo, José María Espinasa, Jorge Bustamante, José Luis Rivas, Adolfo Castañón, Philippe Ollé Laprune, Jorge Ruiz Dueñas, José Luis Rivas, Juan Villoro, Francisco Hinojosa, Francisco Magaña y María Baranda, entre muchos de sus amigos y admiradores.

y conocerse, y buscar la comunión con el otro, con la Historia y con la naturaleza.

En realidad, el recuerdo, el homenaje y la comunión nos permiten, más que decirle estas cosas a nuestro querido maestro y amigo –percibo su sabia y escéptica sonrisa–, expresar nuestro dolor y tomar conciencia de que con su partida nos hemos hundido un poco más en la insondable orfandad en que vivimos desde el momento mismo en que perdimos la inocencia y tomamos vana y arrogante conciencia de nuestro ser ante la naturaleza y el universo, y que su amistad, sus palabras y su recuerdo nos ayudan a reconocerla, soportarla, trascenderla, y sobre todo, aceptarla, al mismo tiempo que corroboramos que las palabras son sólo inútiles sustitutos:

*Pienso a veces...*⁴⁵

Para Alejandro Rossi

Pienso a veces que ha llegado la hora de callar.
Dejar a un lado las palabras,
las pobres palabras usadas
hasta sus últimas cuerdas,
vejadas una y otra vez
hasta haber perdido
el más leve signo
de su original intención
de nombrar las cosas, los seres,
los paisajes, los ríos
y las efímeras pasiones de los hombres
montados en sus corceles
que atavió la vanidad
antes de recibir la escueta,
la irrefutable lección de la tumba. (...)

⁴⁵ *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía Reunida. México: FCE, 2002.*

El amor: una forma mayor de la amistad en Álvaro Mutis

Quizás la forma más intensa, delicada y difícil de la amistad es la que comúnmente se conoce como el amor; Álvaro Mutis solía insistir en que para él el amor no era posible sin amistad, y también en este campo ejerció su regio magisterio en *La Nieve del almirante*⁴⁶, en la carta de amor del Gaviero a Flor Estévez, sentimientos y palabras que Maqroll no expresa explícitamente, por cierto:

Creo que, desde La Nieve del Almirante, usted ha ido tejiendo, construyendo, levantando todo el paisaje que la rodea. Muchas veces he tenido la certeza de que usted llama a la niebla, usted la espanta, usted teje los líquenes gigantes que cuelgan de los cámbulos y usted rige el curso de las cascadas que parecen brotar del fondo de las rocas y caen entre helechos y musgos de los más sorprendentes colores: desde el cobrizo intenso hasta ese verde tierno que parece proyectar su propia luz. Como ha sido tan poco lo que hemos hablado, a pesar del tiempo que llevamos juntos, estas cosas tal vez le parezcan una novedad, cuando, en realidad, fueron las que me decidieron a permanecer en su tienda con el pretexto de curarme la pierna... No tengo mucho talento para escribir a alguien que, como usted, llevo tan dentro y dispone con tanto poder hasta de los más escondidos rincones y repliegues de este Gaviero que, de haberla encontrado mucho antes en la vida, no habría rodado tanto, ni visto tanta tierra con tan poco provecho como escasa enseñanza. Más se aprende al lado de una mujer de sus cualidades, que trasegando caminos y liándose con las gentes cuyo trato sólo deja la triste secuela de su desorden y las pequeñas miserias de su ambición, medida de su risible codicia. Pues el motivo de estas líneas ha sido, únicamente, hablarle un rato para descansar mi ansiedad y alimentar mi esperanza, hasta aquí llego y le digo hasta pronto, cuando de nuevo nos reunamos en La

⁴⁶ *La Nieve del almirante*. Bogotá: Norma, 1986, pp. 106-107.

Nieve del Almirante y tomemos café en los corredores de enfrente, viendo venir la niebla y oyendo los camiones que suben forzando sus motores y cuyo dueño podemos identificar por la forma como cambia las marchas. No es todo lo que quería decirle. Ni siquiera he comenzado. Lo cual, desde luego, no importa. Con usted no es necesario decir las cosas porque ya las sabe desde antes, desde siempre. Muchos besos y toda la nostalgia de quien la extraña mucho.

De igual manera, en la vida: en íntimo, sobrio, elegante y significativo decir implícito: en amorosa compañía de Carmen Miracle, nuestra admirada y entrañable Carmen, a quien tanto le debemos, lograron construir e iluminar su Paraíso y sus vidas por casi cincuenta años, hasta la muerte.

Álvaro cuenta sin tapujos que hay dos mujeres que marcaron su vida: su madre y Carmen. A Carmen le da a leer sus originales, y la admira tanto por su sabiduría y capacidad crítica como por sus dotes de buena cocinera: “Me encanta la buena cocina, y estoy casado con una extraordinaria especialista y con un genio especial para, en un instante, hacer un plato, improvisar un plato, con una disponibilidad extraordinaria, y es un placer extraordinario. Es un placer magnífico”⁴⁷. A Carmen la incluye como personaje; a Carmen le dedica *Los trabajos perdidos*; con Carmen viaja; con Carmen experimenta el orden y la aceptación, y su sonrisa le permite gozar la plenitud.

La potente y amorosa presencia de Carmen se siente en el “II Nocturno en Compostela”; en el relato del poema la voz y personaje del autor arriba con ella, en el simbólico y esperado término de un viaje, a la centenaria catedral dedicada al peregrinaje y al culto a Santiago Apóstol, y después de invocar los nombres homónimos de su padre y de su hijo, dos de los seres que más quiere y admira, su pasado y su presente, con Carmen a su lado, manifiesta su plena aceptación de todo lo que ha vivido y la instauración de la paz y el orden interior:

⁴⁷ Quiroz, Fernando. *Conversaciones*, op. cit., p.147.

Sí todo está en orden,
todo lo ha estado siempre
en el quebrantado y terco
corazón de los hombres⁴⁸.

Álvaro Mutis y los amigos

La imagen de hombre de gran mundo del alto ejecutivo, del poeta y narrador exitoso tiende a ocultar su espíritu solidario y generoso, su disposición para identificarse con el dolor y la necesidad del otro, el apoyo brindado a los artistas jóvenes, sus propias experiencias de abandono, dolor y muerte, y su culto a la amistad. Su generosidad, comprensión y espíritu solidario le permitieron apoyar de muy diversas maneras a muchos de sus amigos y sus proyectos culturales, desde las grandes empresas donde trabajó en relaciones públicas, con su presencia, su energía y su bolsillo.

La emisora HJCK, por ejemplo, una de las más importantes empresas culturales de Colombia, la más antigua radio cultural privada en su género en América Latina, debe en buena parte su existencia al incondicional y continuo respaldo que el joven ejecutivo de la Esso le brindara, gracias a la simpatía que le generaba el proyecto y a su amistad con Álvaro Castaño y Gloria Valencia, sus creadores y directores.

En un momento clave de la vida, la formación y la carrera del pintor Fernando Botero, Mutis le brindó un decidido respaldo para que viajara a México, comprándole una significativa cantidad de dibujos e ilustraciones para la revista *Lámpara*, que dirigía.

Por una gestión de Mutis, Gabriel García Márquez dejó las pequeñas ciudades de la costa atlántica colombiana para vincularse al diario *El Espectador* en Bogotá; recibió su apoyo incondicional cuando, desempleado, se trasladó de Estados Unidos a México. Y lo puso en contacto con el director de la Editorial Sudamericana en Buenos Aires, que publicó por primera vez *Cien años de soledad*.

⁴⁸ *Summa de Maqroll el Gaviero*, op. cit.

En una noche de juerga, Gabo y otros amigos llegaron a la casa del poeta sin un centavo, descolgaron con su anuencia un cuadro de Botero para pagar la cuenta y regresaron a la parranda, sin que escucharan jamás una pregunta, un reclamo, un cobro o una alusión al asunto.

Mutis fue uno de los pocos amigos que se atrevió a visitar en la cárcel al escritor mexicano Juan García Ponce cuando éste fue detenido por mentarle la madre al presidente de entonces, a raíz de los infaustos sucesos de la masacre del 68.

Su simpatía y generosidad se manifiestan con todo tipo de gente y en los más diversos escenarios: “Los trabajadores del estacionamiento, el vendedor de lotería, los mensajeros, el enmarcador de cuadros o sus innumerables jóvenes amigos de México o Colombia no podrán olvidar esas calles de Polanco en donde recibía”⁴⁹.

Con persistente silencio –roto sólo en muy contadas ocasiones especiales, y siempre en privado– guarda en su memoria la historia de gente pobre y desconocida que por su ayuda pudo resolver o paliar su situación, como cuando envió a un niño y a su padre a Estados Unidos para que el pequeño, con el pene y los testículos cercenados por los militares colombianos, fuera atendido médicamente. De igual forma, y a pesar de su supuesto monarquismo, ayudó en varias oportunidades a militantes del Partido Comunista Colombiano. Son muchas las anécdotas de este tipo, pero aun así se quedó con la culposa sensación de no haber podido ayudar en otros casos; y lo más significativo es que no suele contar esas cosas ni permite que sus amigos se las recuerden.

Cuando Álvaro Mutis habla de sus amigos, lo hace con afecto, con pasión, se cuida de criticarlos o censurarlos, y guarda un respetuoso silencio ante los aspectos o comportamientos que podrían ser cuestionados. Hay que escucharlo cuando se refiere a ellos, y hay que oír a sus amigos cuando platican sobre él para comprender cabalmente el profundo sentido caballeresco que el poeta le otorga a la amistad.

⁴⁹ García Aguilar, Eduardo. *Celebraciones y otros fantasmas*, op. cit., p. 9.

En este aspecto, es proverbial su relación con Gabriel García Márquez, cultivada cuidadosamente a lo largo de más de cincuenta años, como se puede apreciar cuando cuenta cómo llevó a Gonzalo, hermano de Víctor Mallarino a Cartagena para que conociera el mar, cómo se instalaron en una pensión y cómo fueron a buscar al periódico *El Universal* al joven periodista de Aracataca:

(...) le dejamos un papelito diciéndole: ‘Gabo estoy con Álvaro Mutis en la pensión El Tulipán, ahí te esperamos’(...) Ya eran como las seis de la tarde; nos regresamos a la pensión y nos sentamos; Gonzalo no tomaba, yo pedí otra ginebra y empezó una tempestad, una de esas tempestades del Caribe; me acuerdo mucho que las palmas de coco, que son muy numerosas en Bocagrande, casi caían al suelo del ventarrón, y los cocos caían como bombas; y de repente, en medio de esa tempestad, apareció un muchacho de una delgadez y una palidez impresionante, de unos grandes ojos desorbitados, un bigotón enorme, una camisa de los colores más increíbles, y se acercó a nosotros y nos dijo: ‘Ajá, ¿qué es la vaina?’ Y nos sentamos a conversar. Bueno, yo siempre he dicho (...) que si a mí me preguntaran en qué consiste, cómo se ha armado, cómo se ha sostenido, cómo se ha armado sin una sombra, sin una grieta, esa amistad con García Márquez, es que seguimos viendo a ver qué es la vaina. Hablamos hasta la madrugada, hasta el cansancio... Hubo desde el principio mucho cariño, y una especie de compartir las cosas de la vida... Yo creo que no hay ninguna anécdota de nosotros dos que no haya sido ya escrita, comentada por los periodistas, en la televisión, en la radio, y en todos los medios posibles⁵⁰.

Su amistad está a prueba, incluso, de los avatares de la política, tema en el que sus distintas y distantes opiniones han tenido gran repercusión; al respecto comenta nuestro Gaviero:

No ha significado nada. No ha significado absolutamente nada, porque nunca hemos hablado de eso. Gabo me

⁵⁰ Quiroz, Fernando. *Conversaciones*, op. cit., pp. 171-174.

conoce, conoce perfectamente mi manera de pensar desde el primer día que nos conocimos en Cartagena. En 1953, cuando salió *Los elementos del desastre*, me hizo una entrevista. Es la única que me ha hecho, y desde ese momento, poco tiempo después, hicimos un pacto tácito: ninguno de los dos habla o escribe sobre el otro. (...) Un día, pasados muchísimos años, aquí en México, no sé por qué vino a cuento esa entrevista, y entonces se quedó mirándome y me dijo: `Maestro: ¡Qué cacho de reaccionario más terrible! ... Pero, claro –me dijo–, sí, sí’. Ése es el único comentario político que hemos hecho (...) Él sabe perfectamente lo que yo pienso y yo sé muy bien lo que él piensa...

Su amistad se ha manifestado fehacientemente en innumerables ocasiones, en la vida cotidiana y en la pública, y ambos la han manifestado con emoción; por ejemplo, Álvaro Mutis, con ocasión del Premio Nobel a García Márquez:

Un día tuve que salir, no recuerdo muy bien a qué, y regresé, eran como las siete de la noche o seis y media; entonces llegué y encontré que estaba Gabriel con Mercedes y Carmen, aquí, en la sala, y se estaban tomando unos whiskys, cosa que me pareció muy bien, pero como yo no sabía que iban a venir, pregunté qué había pasado. Pensé: ‘Algún problema o van a viajar o Gabo quiere hablar conmigo’, alguna cosa, y les pregunté: ‘Bueno, ¿a qué se debe esta visita estupenda? ¡Qué maravilla que estén aquí!’ Y me dijo Gabriel: ‘Se debe a que me dieron el Premio Nobel’. Entonces, yo confieso, me dio una emoción, que fue primero, como en todo ese tipo de emociones, una cosa corporal. Me entró como una tembladera por todo el cuerpo, como una felicidad, como una dicha de ver cumplida, ¡tan justamente!, una vida de escritor, y que tenga ese premio tan, tan justo, tan bien ganado, tan honestamente ganado, sin una sola gestión subterránea, sin un solo guiño a nadie. Entonces le di un abrazo, le di un

beso en la frente y fui y me serví un whisky, tratando de ocultar la emoción que tenía⁵¹.

De la misma manera, García Márquez, en la celebración de los setenta años de Álvaro Mutis, en el discurso central, tras décadas de anécdotas y de amor común, hace explícito su afecto por Mutis y su identificación con Maqroll, sentimientos compartidos por muchas de las personas que lo hemos tratado y lo hemos leído:

Maqroll somos todos, y por eso no puede morir. Quedémonos con esta azarosa conclusión quienes hemos venido esta noche a cumplir con Álvaro estos setenta años de todos, por primera vez sin falsos pudores, sin mentadas de madre por miedo de llorar y sólo para decirle con todo el corazón cuánto lo admiramos, carajo, y cuánto lo queremos⁵².

⁵¹ Quiroz, Fernando. *Conversaciones*, op. cit., p.174.

⁵² García Márquez, "Mi amigo Mutis", *La Jornada Semanal*, México, 25-VIII-1993.